



Autor: Alberto Bascones Gutiérrez
Obra: *Standy*

Aquella madrugada, a Sibelio le despertó un rumor inquieto en las calles cuando el reloj digital de su mesilla le marcaba que todavía tenía tiempo para volver a dormirse. Sin embargo el ruido, que provenía cada vez de más sitios —el balcón, la pared del vecino, la puerta de su piso— se iba haciendo cada vez más fuerte a medida que se rotaban los dígitos rojos en el minuterero sexagesimal, hasta que lo que comenzó siendo un murmullo urbano acabó tornándose en una sinfonía ubicua de insultos y blasfemias, y gritos en el cielo que no entendían de tabiques ni de amaneceres precoces.

Finalmente se desenredó de las sábanas y se asomó a la calle por la ventana de su habitación, desde la cual ya se veían los primeros desamparados que se tiraban psicóticamente de los pijamas mientras miraban calle arriba y calle abajo. Una chica, vecina suya, se había echado a llorar de rodillas en medio de la calzada como invadida por un fulgor de romanticismo contemporáneo. Cerró la ventana preguntándose si acaso no sería todo aquello un sueño, y directamente se dirigió al salón para encender el televisor. No le dio tiempo a buscar el mando a distancia cuando se enteró, a través de un telediario de aspecto algo anticuado, de la noticia que parecía superar la entereza de sus dos presentadores: se había caído Internet.

Según fuentes del gobierno, el fallo había sido a nivel global, debido probablemente a una sobrecarga de los servidores, y se temía que la avería fuera irreversible. Se había decretado el estado de excepción, con la bolsa cerrada —para evitar la mayor caída de los mercados bursátiles de la historia— y la administración paralizada. Al parecer se había desplegado al ejército en puntos estratégicos de las principales ciudades, por lo que el sudoroso presentador instaba a la población a permanecer en sus casas.

Cuando los informantes hubieron vuelto a leer el mismo texto por tercera o cuarta vez, acompañando su voz con un salteado de imágenes de archivo de computadoras del tamaño de tractores y módems chirriantes —a modo de in memoriam tecnológico—, Sibelio apagó el televisor y se sentó un rato en el sofá, abatido por el instinto natural de la incredulidad.

Cuando terminó de repasar mentalmente todos los aspectos de su vida cotidiana, de su trabajo, de sus obligaciones, que dependían directamente de la red, se quedó unos segundos muy quieto, procurando no pensar en exceso. Luego se levantó rápido, se lavó los dientes malamente y, poniéndose una gabardina encima del pijama, salió a la calle.

Enfrente del portal, a dos Zancañas, se encontraba su vecina, todavía lejos de poder contener sus espasmos de hipos y lágrimas, empapándose con el calabobos que empezaba a caer. Pasó a su lado y se dirigió hacia el barrio alto. Dos portales calle arriba había un hombre de unos treinta años que no hacía más que repetir «¿y ahora qué?, ¿y ahora qué?», al ritmo del temblor de sus manos, y justo enfrente de él, al otro lado de la calle, una mujer de edad ambigua se afanaba en buscar cobertura levantando la mano que agarraba el móvil dos palmos por encima de su cabeza.

Los primeros rayos de sol se habían atrevido a salir, arrastrando el azul en el cielo de horizonte a horizonte. Con la luz, los estragos del apagón se hicieron más evidentes. La gente que no estaba tirada en alguna acera o esquina estaba asomada a su balcón, como topos asustados, observando en silencio con la mirada vidriosa. Otros, más inquietos, habían empezado a lanzar el mobiliario por la ventana. Cada veinte o treinta segundos se oía el estruendo de un sofá que había caído desde un quinto, o de una vajilla que se había hecho añicos tras ser lanzada, plato por plato, taza por taza, a bocajarro desde un primero.

Dobló la esquina de la churrería —que aprovechaba el revuelo callejero para hacer caja vendiendo chocolate caliente con porras— y vio cómo unas pequeñas muchedumbres empezaban ya a aglomerarse a la puerta de las sucursales de los bancos, aporreando la entrada, gritando que les devolvieran su dinero, como si sus ahorros estuvieran guardados en la caja fuerte; como si sus ahorros estuvieran en alguna parte. Uno de ellos, un hombre de unos cuarenta años que agarraba a su hijo pequeño de la mano, cansado de aporrear el cristal agrietado del escaparate de su caja de ahorros, se dirigió a Sibelio aprovechando que pasaba en ese momento cerca del gentío. Entonces, sacando un cuchillo de cocina de las dobleces de su abrigo se lo colocó en el abdomen y le dijo que le diera todo lo que tuviera de valor. Sibelio rebuscó en los bolsillos de su gabardina y le dio todo lo que encontró: un paquete de clínex a medias, su teléfono móvil y un billete de avión para Nueva Delhi.

—Embarque al chico —le dijo—. El vuelo sale a las doce.

Siguió andando un rato más calle arriba hasta que llegó a las lindes de la ciudad, donde las casas rompían los esquemas urbanos y se desparramaban por los campos aprovechando el terreno y buscando el sol. Se paró frente a una casita de dos pisos cuya pintura descascarillada se rendía al avance de la hiedra, y se paró un segundo a escuchar la lejanía de las sirenas de la ciudad. Abrió la verja de la entrada y, tras atravesar el jardín asilvestrado de malas hierbas dobladas por el peso del rocío, llamó al timbre.

Tardó en abrir la puerta Ana, con el pelo completamente revuelto y la marca del colchón en la cara.

—¿Sibe...? ¿Qué haces aquí? ¿No te trasladaban hoy a la India?

—*¿No te has enterado?*

—*¿Enterarme de qué?*

—*Naða —respondió—. De que me han robado el billete.*

—*Seguro que lo has perdido —dijo Ana antes de bostezar—. Pues llama a la compañía.*

—*También me han robado el teléfono.*

—*Lo que te han robado es la cabeza.*

—*¿Me invitas a desayunar?*

—*Claro, pasa.*

Sibelio se secó los pies en felpudo y dejó la gabardina mojada en el perchero que estaba debajo del reloj. Cuando Ana vio la hora se extrañó.

—*¿Tu vuelo no salía a mediodía? ¿Desde cuándo madrugas tanto?*

—*Pues ya ves. Pero cierra bien la puerta.*